

HOMILÍA NUESTRA SEÑORA DE BUTARQUE (Quince de Agosto de 2004)

Muy queridos hermanos sacerdotes concelebrantes;
Querido Hermano Mayor y Junta Directiva de la Hermandad
Nuestra Señora de Butarque,
Querido Sr. Alcalde y Corporación Municipal
Queridos amigos y hermanos:

Con gozo nos reunimos un año más para celebrar la fiesta de Ntra. Sra. de Butarque, Patrona de la Ciudad de Leganés, en la solemnidad litúrgica de la Asunción de la Virgen María.

Lo que se conmemora en esta festividad de la Asunción no es sólo el hecho de que el cuerpo sin vida de la Virgen María no estuvo sujeto a la corrupción, sino también su triunfo sobre la muerte y su glorificación en el cielo a imitación de su Hijo Jesucristo.

Y al celebrar este triunfo de María lo que celebramos es el triunfo de la humanidad redimida por Cristo de la que la Santísima Virgen es su primicia más preciosa. Lo que ya ha sucedido en María sucederá también en todos aquellos que, unidos al Señor Resucitado, su Redentor, sigan el camino evangélico de las bienaventuranzas, amen a sus hermanos y sean portadores de paz y reconciliación para la humanidad entera.

Lo que celebramos en esta fiesta es nuestra esperanza en “unos cielos nuevos y en una tierra nueva”. Celebramos la certeza de la victoria, en Cristo resucitado, de todo lo que destruye la dignidad del hombre. Celebramos la victoria sobre esa semilla de destrucción, violencia y sufrimiento que es el pecado.

En María, nueva Eva, elevada en cuerpo y alma a los cielos, vemos a la nueva humanidad, nacida del nuevo Adán que es Cristo, liberada definitivamente del pecado y elevada también, como la Virgen María, a su destino último que es la comunión plena con el amor divino.

Y al proclamar en este día nuestra esperanza, queremos también contemplar a la Virgen en esta advocación de Nuestra Señora de Butarque tan querida para esta ciudad de Leganés y dirigirnos a ella, como hijos, con nuestras preocupaciones y alegrías para darle gracias por su protección y su intercesión constante y para pedirle que nos ayude y proteja para afianzar nuestra fe, crecer en el amor y fortalecer nuestra esperanza; y para

que Ella nos conduzca a la fuente de toda gracia y de toda sabiduría que es su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

En las letanías del Santo Rosario invocamos a la Virgen con el bello título de “Trono de la sabiduría”. La sabiduría creadora de Dios, dice el Libro de los Proverbios, hizo los cielos y la tierra y llenó de sentido, de armonía y de belleza la creación entera y dentro de ella, al hombre mismo, como imagen suya y al llegar la plenitud de los tiempos se encarnó en las entrañas purísimas de la Virgen María.

En María la sabiduría de Dios se pone a nuestro alcance, se nos acerca, se humaniza. La Virgen María nos muestra en su Hijo Jesús, la sabiduría eterna de Dios. Por eso, con toda propiedad, podemos decir que María es el trono de la sabiduría de Dios, la sede de la sabiduría de Dios. Y acudiendo a María con devoción y amor tenemos la certeza de que en ella encontraremos siempre esa luz divina, esa sabiduría escondida, capaz de descubrirnos los secretos de una vida humana auténtica y de una sociedad capaz de vivir en paz, fomentando y cuidando la vida y haciendo posible que en todo momento brille y sea respetada la dignidad del hombre.

Vivimos unos momentos en nuestra sociedad y en nuestra cultura en los que, de una manera muy especial, necesitamos esa sabiduría divina que la Santísima Virgen nos ofrece. Vivimos momentos de gran desconcierto en los que, con excesiva frecuencia, se confunde el mal con el bien y el bien con el mal.

Y quiero hoy referirme, para ponerlo delante de nuestra Madre la Virgen María y pedir su protección, a un tema tan delicado y tan querido para nosotros como es el tema de la familia y el tema de la educación de la conciencia moral de los jóvenes.

Todos nos sentimos verdaderamente conmovidos cuando diariamente escuchamos noticias de malos tratos en la vida familiar, particularmente a la mujer y a los niños. Y nos sentimos hondamente preocupados cuando vemos el egoísmo e incluso la violencia que, con tanta frecuencia, se manifiesta en las relaciones sociales, en el mundo laboral y hasta en los lugares de ocio y diversión; y que provocan en tanta gente actitudes de individualismo, de indiferencia ante el sufrimiento humano y de único y exclusivo deseo de ganar mucho dinero y disfrutar sin tener en cuenta a los demás y sin ningún tipo de esfuerzo y sacrificio. Se nos parte el corazón cuando vemos a tantos ancianos o enfermos crónicos o minusválidos, que viven en la más absoluta soledad afectiva. Y nos sentimos verdaderamente asombrados y abrumados ante la gravedad de temas tan

absolutamente incomprensibles como la insensibilidad social ante los setenta mil abortos que se han provocado en España en el año pasado, en una gran mayoría de madres adolescentes, o los cientos de muertos y miles de heridos que constantemente se producen, por accidente, en nuestras carreteras, en muchos casos por verdadera imprudencia o incluso temeridad.

Todos estos hechos, no son sino síntomas de una grave enfermedad que sufre nuestra sociedad y que tiene su origen último, y más importante, en el desenfoque y deterioro de la institución familiar y de la educación de los jóvenes. Por eso necesitamos de la sabiduría divina, que hoy pedimos fervorosamente a la Virgen, para descubrir la identidad auténtica de la verdadera familia y para encontrar caminos de una educación humanizadora que conduzca a los jóvenes hacia los valores que dignifican a la persona humana.

Cuando la Iglesia defiende algo tan obvio, admitido siempre en todas las culturas, como es que el matrimonio auténtico y la verdadera familia están constituidos por un hombre y una mujer que se aman y que están abiertos, porque así lo establece la naturaleza misma, a la complementariedad mutua y al don de la vida; y cuando defiende que esta institución natural es el ámbito propio para la educación de los hijos y la base de la estabilidad de la sociedad misma y de su propio futuro, y lo defiende con tanta insistencia, y contra viento y marea, y siendo objeto en muchos casos de ataques, burlas y calumnias por parte de poderosos grupos mediáticos, lo único que hace es defender la dignidad del hombre y el bien de la sociedad. Cualquiera que con objetividad y sin prejuicios recorra las parroquias de Leganés (y de cualquier otro lugar) puede comprobar cómo se educa a los niños y a los jóvenes en el respeto mutuo y en la paz, cómo se apoya a los matrimonios y a las familias ayudándoles en sus dificultades, con qué cariño se trata a los ancianos y cómo se acoge y atiende a todo tipo de personas, de cualquier raza o religión en los servicios de caritas ofreciéndoles, muchas veces con una gran precariedad de medios, su ayuda solidaria. No. La Iglesia no es, como diariamente están diciendo ciertos medios de comunicación, un reducto de integrismo, ni es enemiga del verdadero progreso del hombre. La Iglesia no está en contra de nadie, ni pretende excluir de su preocupación y cuidado a personas que sufren un trato vejatorio por su orientación sexual, ni se opone a que se de forma jurídica a todo tipo de uniones. La Iglesia lo único que hace es defender y afirmar el valor de la vida humana desde sus fases iniciales y el valor de la verdadera familia. No hay diferentes modelos de familia. Sólo existe un modelo de familia. No sembramos la confusión en los niños y en los jóvenes. Respetemos lo que la naturaleza misma, fruto de la sabiduría

divina ha dispuesto. Y apoyemos y ayudemos a la familia. Ayudemos a los padres en la educación de los hijos. Pidamos a las instituciones públicas que ayuden a los padres en esta responsabilidad y que respeten el sagrado derecho de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones morales y religiosas, facilitando legalmente, también en la escuela pública, el ejercicio de este derecho.

Que la familia sea el ámbito, fundamental y básico, para educar en la paz, en el amor a la vida, en el respeto a los mayores, en el diálogo fecundo y constructivo entre viejos y jóvenes, varones y mujeres, en el sacrificio, en el trabajo, y en el firme deseo de contribuir con su esfuerzo al logro de una sociedad pacífica en la que reine no sólo el bienestar material sino el bienestar total de la persona, ese bienestar que tiene su fundamento en las exigencias de la naturaleza misma del ser humano y en la auténtica libertad.

Le pedimos a la Virgen de Butarque, Trono de la sabiduría, que proteja a nuestras familias y a todas las familias del mundo, y que nos conduzca a Jesucristo, Camino, Verdad, y Vida (cf Juan 14,6) para que en Él encontremos la luz y la sabiduría necesarias para asumir cada uno nuestras responsabilidades y contribuir de esta manera al bien de la sociedad.